

Catecismo 1010 - 1011 CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

El sentido de la muerte cristiana

2010

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1010:

Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. "Para mí, la vida es Cristo y morir una ganancia" (*Flp 1, 21*). "Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él" (*2 Tm 2, 11*). La novedad esencial de la muerte cristiana está ahí: por el Bautismo, el cristiano está ya sacramentalmente "muerto con Cristo", para vivir una vida nueva; y si morimos en la gracia de Cristo, la muerte física consume este "morir con Cristo" y perfecciona así nuestra incorporación a Él en su acto redentor:

«Para mí es mejor morir en (*eis*) Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a Él, que ha muerto por nosotros; lo quiero a Él, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima [...] Dejádme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre» (*San Ignacio de Antioquía, Epistula ad Romanos 6, 1-2*).

Se hace una afirmación fundamental:

Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo.

Al decirlo así, también se entiende que también tiene un sentido negativo, la muerte.

La muerte es un drama en cuanto que es una separación de alma y cuerpo, una separación de los seres queridos –aunque sea temporal–; y en un enfrentarse con ese instinto de supervivencia.

Además, como sabemos que la muerte entre en el mundo como consecuencia del pecado... *no tiene una buena tarjeta de presentación...*

No se es menos cristiano por llorar la muerte... Jesús lloro la muerte suya y ajena.

Pero también, gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo, y es nuestro deber que unidos a Cristo ir creciendo en este sentido positivo, agarrarnos a Él y extraer de El toda la fuente de esperanza.

Filipenses 1, 21:

- 21 *pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia.*
22 *Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger...*
23 *Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor;*
24 *más, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros.*
25 *Y, persuadido de esto, sé que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para progreso y gozo de vuestra fe,*

Es un texto hermoso: ..."**la muerte UNA GANANCIA...**". La ganancia es que aquí el "estar con Cristo" es un estar limitado. Nuestros sentidos y nuestra condición carnal nos vela la presencia de Cristo.

A Cristo lo conocemos por la fe, pero lo fe tiende a la visión. La fe desea estar con Él.

Es como dos novios que se conocen por carta, pero con eso no se conforman sino que desean verse, desean unirse...

Claro que en San Pablo se da ese doble deseo: por un lado el deseo ardiente de unirse a Cristo, y por otra el deseo del "**celo apostólico**" de seguir trabajando y realizando este apostolado.

En definitiva que ese sentido positivo que tiene la muerte es lo que dice San Pablo: *pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia.*

Esta convicción paulina de que es "**con mucho lo mejor**", "**que es una ganancia estar con Cristo**"; al fondo es recordar que toda la vida es estar con Cristo, vivir en Cristo y cuando uno entiende esto, también la muerte tiene un sentido connatural en el sentido de lo que hemos vivido en esta vida se desarrolla en la muerte. Si nuestra vida ha sido un "vivir con Cristo", la muerte tendrá algo de "connatural".

El problema es que si en esta vida, no hemos vivido con Cristo, Él es una teoría, algo de lo que se nos ha hablado, un artículo de un credo, pero no tenemos intimidad con El; entonces la muerte no será con mucho lo "mejor" como dice San Pablo.

Dice este punto:

La novedad esencial de la muerte cristiana está ahí: por el Bautismo, el cristiano está ya sacramentalmente "muerto con Cristo", para vivir una vida nueva.

Desde el punto de vista sobrenatural, sabemos que en el bautismo hemos sido incorporados al misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo **de morir con El para vivir con Él.**

Esto tiene una serie de implicaciones:

Romanos 6, 11:

- 10 *Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios.*
- 11 *Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.*

Esto tiene mucho que ver con el tema de la muerte, porque la muerte, aparte de tener un dolor natural, también hay un "dolor sobreañadido" –que no debiera de existir-, y es que cuando nosotros tenemos unas expectativas mundanas, tenemos puesta la esperanza en este mundo, de alguna manera estamos en pecado; porque **"no amar a Dios sobre todas las cosas, es no cumplir el principal de los mandamientos"**.

Pues este sufrimiento sobreañadido ante la muerte es porque no cumplimos el primer mandamiento.

Cuando las criatura, más que acércanos al Creador, nos están impidiendo reconocer al Creador. **"Cuanto sea esa apego mayor será el desgarrón en el momento de la muerte"**.

El dolor ante la muerte es proporcional a nuestro apego a esta vida.

Es por esto que si "*consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo*" hemos dejado enterrado nuestro pecado y la forma de afrontar la muerte será muy diferente. **Si hemos muerto con El también viviremos con El.**

Se nos presenta un texto de San Ignacio de Antioquia:

«Para mí es mejor morir en (eis) Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a Él, que ha muerto por nosotros; lo quiero a Él, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima [...] Dejádme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos 6, 1-2*).

Estamos hablando de un corazón enamorado: "Le busco a Él, le quiero a Él".

Solamente los corazones enamorados entienden este lenguaje. Cuando Cristo es una teoría para nosotros, no entendemos este lenguaje.

A veces tenemos "más fe que amor"; que nuestro amor no es proporcional a la fe".

Creemos en ciertas cosas, pero nos falta el amor.

Hay dos imágenes en este texto de San Ignacio:

Mi parto se aproxima [...] Dejádme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos 6, 1-2*).

Llama a la muerte "parto". Hemos sido concebidos para la vida eterna; y estamos unidos por un cordón umbilical que nos une a nuestra madre la Iglesia, que son los sacramentos; y es por ellos por los que nos alimentamos en la fe, mientras que estamos en el seno de esta madre.

Pero la madre no está para tener siempre a su hijo en su seno, sino que esta "para darlo a luz", y es cuando se corta ese cordón umbilical; y ese parto es para la vida eterna.

A partir de entonces ya no es alimentado por el "cordón umbilical", **Dios mismo será su aliento.**

Esta es la imagen del parto que usa San Ignacio de Antioquia.

La segunda imagen es cuando dice: **cuando yo llegue allí, seré un hombre.**

Lo que quiere decir es que en esta vida somos un "bebe" en gestación. El hombre no tiene la plena madurez. La plena madurez hay que tener la "luz plena": **Dejadme recibir la luz pura.**

Para amar plenamente hay que conocer plenamente, un bebe no se entera de lo que pasa en la casa.

Estamos en una cultura muy celosas de defender lo que es la dignidad del hombre. Del hombre que es autónomo, el hombre libre...

Son todos conceptos que hay que matizar desde nuestra visión de fe. Lo cierto es que el hombre no será totalmente libre hasta que no esté en el cielo.

El misterio del hombre no se revela sino en el conocimiento de Jesucristo: **al conocer a Jesucristo uno se conoce a sí mismo.**

Punto 1011:

En la muerte, Dios llama al hombre hacia sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de san Pablo: "Deseo partir y estar con Cristo" (Flp 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo (cf. Lc 23, 46):

«Mi deseo terreno ha sido crucificado; [...] hay en mí un agua viva que murmura y que dice desde dentro de mí "ven al Padre"» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos 7, 2*).

«Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir» (Santa Teresa de Jesús, *Poesía, 7*).

«Yo no muero, entro en la vida» (Santa Teresa del Niño Jesús, *Lettre*

Es en la muerte donde Dios "llama al hombre hacia sí". Esto hay que compaginarlo en que la muerte tiene sus causas naturales. Dios no envía una enfermedad, no envía un accidente, ni nada por el estilo. Son dos conceptos que hay que equilibrar.

Dios respeta las leyes naturales y que llevan dentro de si el desgaste y la corrupción de la naturaleza.

Esa llamada que Dios nos hace en el momento de la muerte está en consonancia con todas las llamadas que Dios nos ha hecho a lo largo de nuestra vida. Lo importante es poder descubrir todas las llamadas que Dios nos hace para que finalmente esa última llamada no nos sea extraña; porque habremos "**conocido la voz del pastor**".

Dice este punto:

Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de san Pablo: "Deseo partir y estar con Cristo.

No está diciendo que "forzosamente tenga que experimentarlo..."; dice: "**puede**". Ojala pudiéramos experimentarlo así; pero eso es un don de Dios.

De cualquier forma cada uno tiene que aceptase como es; si ante la muerte hay miedo, pues lo hay...

También que podamos ver en Cristo la plena aceptación de esa llamada, y al mismo tiempo ver las lágrimas de sangre y la angustia ante la muerte.

Lo importante es que reanimemos la fe para ver que detrás de la muerte hay una llamada de Jesucristo.

Lucas 23, 46:

46 y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, = en tus manos pongo mi espíritu» = y, dicho esto, expiró.

Este es el modelo: para El, la muerte fue un acto de obediencia y de amor hacia Dios Padre.

Cada uno de nosotros tiene que hacer un acto de "entrega" en el momento de la muerte. Ahí le entregamos a Dios nuestra vida.

Tantas personas que por ancianidad, se preguntan "*¿no sé lo que yo hago aquí?*". Lo que queda por hacer es lo más importante: "**entregar a Dios la propia vida**", **hacer el acto sumo de obediencia**.

SE nos citan algunos textos:

San Ignacio de Antioquia:

Mi deseo terreno ha sido crucificado; [...] hay en mí un agua viva que murmura y que dice desde dentro de mí "ven al Padre"»

Este santo que celebramos el día 17 de Octubre, y en el oficio de lecturas de ese día la carta de San Ignacio de Antioquia, cuando iba preso hacia Roma para ser sacrificado por las fieras dice:

Escribo a todas las iglesias, y hago saber a todos que de mi propio libre albedrío muero por Dios, a menos que vosotros me lo estorbéis. Os exhorto, pues, que no uséis de una bondad fuera de sazón. Dejadme que sea entregado a las fieras puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro [de Cristo]. Antes atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré verdaderamente un discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ya no pueda ver mi cuerpo. Rogad al Señor por mí, para que por medio de estos instrumentos pueda ser hallado un sacrificio para Dios. No os mando nada, cosa que hicieron Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles, yo soy un reo; ellos eran libres, pero yo soy un esclavo en este mismo momento. Con todo, cuando sufrá, entonces seré un hombre libre de Jesucristo, y seré levantado libre en Él. Ahora estoy aprendiendo en mis cadenas a descartar toda clase de deseo.

Impresiona ver a un hombre hablar así cuando se le acerca el momento de su propia muerte.

Otros Santos con otro carácter tienen otras sensibilidades.

Santo Tomas Moro, no anhelaba el martirio, pero era un hombre de mucha prudencia y en todo momento intento evitar la condena a muerte, hasta que vio que no tenía más remedio si quería ser fiel a su conciencia y a su fe.

Se añaden un textos de Santa Teresa de Jesús:

Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir»»

Santa Teresa del Niño Jesús:

Yo no muero, entro en la vida

En su dulzura, el Señor le permite vivir la muerte desde esta sensibilidad de que la muerte es un "entrar en la vida".

Lo dejamos aquí.